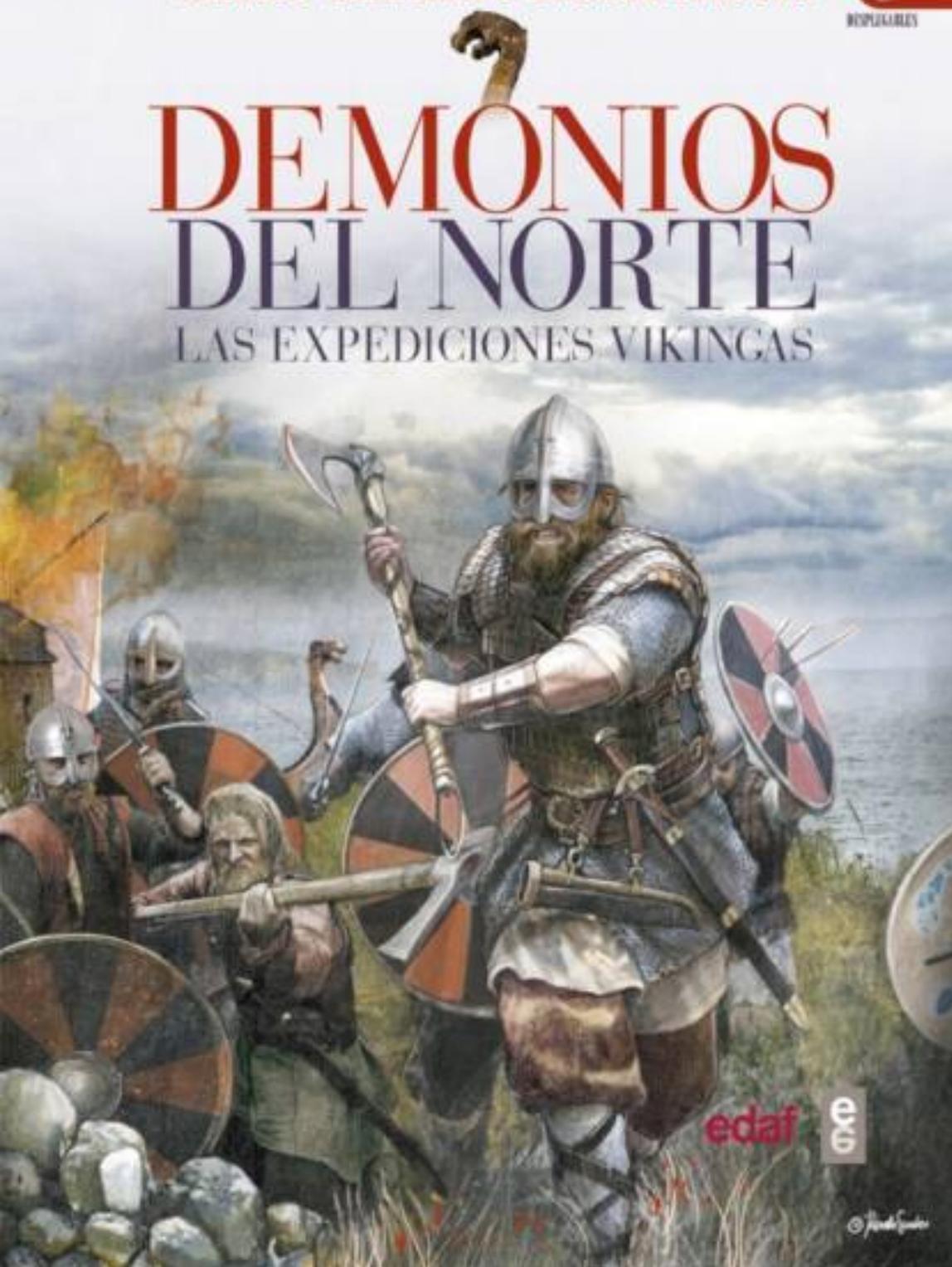


CARLOS CANALES Y MIGUEL DEL REY



DEMONIOS DEL NORTE

LAS EXPEDICIONES VIKINGAS



edaf

30

DEMONIOS DEL NORTE

CLÍO
CRÓNICAS DE LA HISTORIA

Demonios del norte. Las expediciones Carlos Canales, Miguel del Rey

CARLOS CANALES TORRES
MIGUEL DEL REY VICENTE

DEMONIOS DEL NORTE

LAS EXPEDICIONES VIKINGAS

www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO
2017

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3738-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© 2017. Carlos Canales y Miguel del Rey

© 2017. Editorial EDAF, S.L.U., Jorge Juan 68. 28009 Madrid (España)
www.edaf.net

Diseño de cubierta: Ricardo Sánchez

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo 2017

ISBN: 978-84-414-3749-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Midac Digital

ÍNDICE

Intermedio

Introducción

1.-El destino de los dioses

- 1.1 Los nueve mundos de la mitología nórdica
- 1.2 La lejana Escandinavia
- 1.3 Sin Dios ni amo
 - 1.3.1 *Corazón de piedra*
 - 1.3.2 *Preparados para la guerra*
 - 1.3.3 *Las hermandades militares*
 - 1.3.4 *Armas para la conquista*
- 1.4 Por mares tenebrosos
 - 1.4.1 *La guerra naval*

2.- Más allá del horizonte

- 2.1 Los precursores: las naves de las sombras
- 2.2 La campaña de Albión
 - 2.2.1 *Paganos en Wessex, Mercia y Northumberland*
- 2.3 Contacto sangriento
 - 2.3.1 *Objetivo París*
 - 2.3.2 *Un puñado de tierra*
- 2.4 El reino de los hielos
 - 2.4.1 *Relatos de leyenda. Las sagas*
 - 2.4.2 *Señores de la nada*
 - 2.4.3 *Terra Incognita*

3.-Tierras de Oriente

3.1 El camino de los varegos

3.2 Guerreros del imperio: la Guardia Varega

4.- Bailar con el diablo

4.1 Aventura en Al-Ándalus

4.2 Vientos del norte

4.2.1 *Las incursiones del rey Olaf y Ulf el Gallego*

4.3 De vikingos a normandos

4.3.1 *Normandos en España: de mercenarios a príncipes*

5.- Herencia vikinga

5.1 El fin de una era

5.2 Un epílogo español: Jakobsland y los señores de las islas Orcadas

5.2.1 *Los jarls de las Orcadas*

Cronología

Apéndice

Bibliografía

INTERMEDIO

Año 804

En algún lugar de la costa de Neustria.

FUE UN VIAJE LARGO Y PENOSO. Mar adentro se formaban enormes olas que se dirigían con fuerza contra las afiladas rocas; rompían contra el muro de piedra y proyectaban espuma blanca hasta el cielo, donde el viento la deshacía, la transformaba en bruma gélida y la arrastraba contra nosotros. Ese mismo oleaje sacudía también las playas desiertas de la placentera bahía a la que nos dirigíamos. El que más y el que menos se dejó las manos mientras remábamos con rumbo sur para aprovechar las últimas mareas estivales.

Como siempre, nos ceñimos lo más posible al litoral hasta que encontramos el momento propicio para que nuestra proa enfilara hacia los rompientes, que atravesamos también a golpe de remos mientras nuestro capitán llevaba el timón y no dejaba de mirar la costa por encima de nosotros.

La nave se movió vertiginosamente arriba y abajo hasta que dejamos atrás las peligrosas crestas y entramos en el estuario. Parecía deshabitado. Con sus marismas y sus tierras inundadas bordeadas de hierba era un lugar silencioso. Entre las amplias ciénagas y los arenales, la aguerrida vegetación pugnaba por abrirse paso entre dunas viajeras, que de una mañana a otra cambiarían de sitio a capricho de los temporales.

Retiramos los remos, amarramos los barcos con la precisión que da la costumbre, y nos dispusimos a pasar la noche junto a ellos y nuestras pertenencias, sobre la tierra yer-

ma de un lugar que nos resultaba totalmente desconocido, aunque muchos ya habíamos oído historias sobre lo que nos depararía una nueva jornada.

La noche dejó paso a las primeras luces del alba. Los pájaros hacían inútiles esfuerzos para convencer al mundo de que amanecía, pero aún estaba oscuro. Y hacía frío. Una impenetrable niebla apenas dejaba vislumbrar un paisaje desigual; en un lado, el extremo de una sierra de poca altura, rocosa y recóndita, con un largo camino barrido por alguna ráfaga de viento, que parecía vagar por un erial interminable hasta discurrir paralelo a la orilla. En el otro, bosques, explotaciones forestales, pantanos, más páramos y, a la derecha, una plataforma de madera que pasaba sobre los marjales, cruzaba el río entre unos cañaverales y continuaba hasta llegar a un muro de tierra verde, en terreno más firme, en el que habían sido construidas algunas empalizadas. Ambos detalles resultaban de especial interés, pues todo eso estaba fabricado por la mano del hombre.

Bebimos cerveza, dimos buena cuenta de algo de queso duro y de parte de la galleta que traíamos almacenada y nos pusimos en marcha. Avanzamos en silencio durante un rato y cruzamos el vado. Cada valla estaba formada por un panel de mimbre entramado sostenido con estacas y sujeto con pesadas piedras. No era algo para defenderse, más bien para intentar detener cualquier crecida del río, aunque estaba claro que en cuanto el agua llegara con algo de fuerza arramblaría con ellas. El muro no era más que un promontorio de piedras elevado por delante de una zanja, para dificultar el asalto de posibles enemigos que llegaran desde el sur. Lo rebasamos sin ningún problema y caminamos por una zona encharcada en la que el agua prácticamente nos cubría los pies.

Al poco, encontramos un sendero que comenzó a empinarse desde la estrecha llanura del río hasta terrenos más elevados en dirección oeste. Cargábamos yelmos, lanzas,

espadas y escudos, además de la cota de malla, por lo que no fue una tarea fácil culminar la subida.

Arriba el sol, como nosotros, salía ya también de las brumas, e iluminó con sus rayos un amplio claro. El altiplano y la larga pendiente que habíamos ascendido nos brindó por vez primera una visión privilegiada del sur. Al noroeste, hacia el horizonte, lo que parecía una cortina de humo se elevaba no muy lejos, pero a una distancia que un caballo tardaría prácticamente un día en recorrer. Sus hebras se ramificaban y partían de diversos puntos del paisaje. Al este, a muy poca distancia de donde nos encontrábamos, se apiñaban algunas construcciones entre las que destacaba una de mayor tamaño. Desproporcionada, en comparación con las que la rodeaban.

Sabíamos que en lugares como esos tenían riquezas más que suficientes para alquilar mercenarios, y que a veces poseía un retén propio de hombres armados, pero no parecía que en esta ocasión hubiera nadie para intentar detenernos.

De cualquier forma, nos desplegamos y nos acercamos con precaución, armas en mano. No había nada fuera de lo normal: patios desiertos y pequeños corrales carentes de ventanas, con techumbre de paja, en los que se hacinaban varios cerdos y algunas gallinas.

Sí nos impresionó la construcción más grande, extraña y amenazante. Sus formas cilíndricas, los muros de enormes piezas de piedra, cuadradas o rectangulares, perfectamente cortadas y unidas con argamasa y la amplia cubierta, realizada con tejas, todas iguales, que encajaban a la perfección, sugerían un interior construido de manera igual de cuidadosa.

Su único acceso se alzaba al final de un embarrado sendero. Era una angosta entrada en el centro de la fachada, flanqueada de piedras monumentales grabadas y con dibujos, que parecía conducir a un pasadizo estrecho. La cerra-

ba una recia puerta de oscura madera de roble a la que no parecía que le hubieran hecho mella las inclemencias de aquel tiempo húmedo y desabrido. A pesar de ello, se abrió de par en par al tercer envite con un seco estallido de astillas.

El interior respondió con un profundo eco que se sumió en el silencio. Había algo frío e inquietante en el espacio limitado por aquellos muros sin apenas ventanas, a pesar del resplandor que penetró por el hueco. La escasa luz de varias velas que ardían al fondo del recinto iluminó de forma tenuelos muros de piedra, pintados con toscas escenas de las creencias que allí se profesaban; oro, plata y cristal resplandecía sobre una mesa revestida de rica tela bordada. El sueño de cualquier de nosotros: tesoros suficientes como para comprar una flota repleta de hombres armados.

A su lado, como encogidos, frente a un pupitre de madera con un libro enorme, un grupo de hombres ataviados de largas vestiduras, unos de pie y otros incados de rodillas, miraban como príncipes asustados hacia donde nos encontrábamos, mientras musitaban todos juntos sus plegarias.

Uno de ellos, de larga barba y muchos años, se acercó hacia donde estábamos mientras mascullaba su letanía. Nuestro *jarl* se volvió y lo fulminó con los ojos. Después alzó su daga fríamente, la apoyó en el cuello lleno de arrugas y la deslizó con una implacable suavidad sin apartar los ojos azules y profundos de la mirada de aquel hombre, en la que pronto emergieron las sombras innombrables que pocos desean ver de cerca.

La cabeza del anciano muerto se desmoronó sobre su hombro, a la par que él la apesaba con la mano para impedir que se derrumbase bruscamente, acaso con la intención de acariciar su nuca, de sostener su último aliento con una dignidad propia de nuestros propios héroes. Poco a poco, sin inmutarse, dejó que finalmente se apoyase por comple-

to, como si cayese sumida en un profundo sueño del que ya no despertaría. A su alrededor, el mundo guardó silencio, sin apartar sus ojos de la escena. La forma en que le había dado muerte era tan implacable como llena de comprensión y humanidad su mirada. Un ser extraño había crecido de repente en su interior, un ser dispuesto a todo. Había llegado la hora de cumplir todas las promesas que le había hecho al viento.

No cruzamos ni media palabra más. Nos habían dicho que ellos ponían todas sus esperanzas en su Dios, el dios cristiano. No sabíamos si su espíritu era benigno o malévolos pero no nos asustaba. Nosotros teníamos a Odín, a Thor, nuestros barcos y nuestras armas. Éramos guerreros.

INTRODUCCIÓN

HACE UNOS AÑOS, CUANDO NOS ALOJAMOS en el hotel Budir, en el Parque Nacional de Snaefellsjökull, en Islandia, muy cerca del volcán donde Julio Verne puso fin a su aventura *Viaje al centro de la tierra*, no pudimos sentirnos ajenos al ambiente mágico que impregnaba todos y cada uno de los aspectos de una isla que, a todas luces, solo podía calificarse como especial.

Lo eran sus calles, su paisaje y sus gentes. A pesar de que sus costumbres fueran ya las mismas de toda Europa, producto sin duda de esa tan manida globalización que, para bien o para mal —nunca nos quedará claro—, han traído las nuevas tecnologías.

Aun así, al andar por las calles de Reikiavik —como luego nos pasaría en Oslo, pero no en Copenhague y mucho menos en Estocolmo—, no era difícil dejarse llevar por la imaginación y pensar en *drakars*, runas o míticos dioses nórdicos; sobre todo, si mientras deambulas por la calle Eiríksgata, abrumado por el profundo azul del mar del Norte que se pierde en el horizonte y con la cabeza puesta en si acabas de pagar una taza de café o comprado acciones del establecimiento, te das de bruces con el imponente Leifur Eriksson —brillante héroe nacional—, inmortalizado en la colosal estatua de Alexander Stirling Calder, que los Estados Unidos le regalaron al país en 1930, cuando aún ni siquiera había logrado su independencia¹.

Muy distintas eran las cosas del año 800 al 1170, los más de tres siglos y medio que duró la denominada «Época o Era Vikinga»; un largo período en el que Escandinavia ejerció una mezcla de influencia y miedo en diversos lugares

del mundo conocido. A lo largo del siglo IX, las pequeñas monarquías en que estaban divididas las lejanas y frías tierras del norte quedaron unificadas en tres reinos: Suecia, Noruega y Dinamarca. Fue un tiempo de conquistas, saqueos, migraciones y colonización, pero también un período clave para Europa en el que surgieron las primeras grandes ciudades que conocemos como tales y en el que se desarrollaron extensas redes comerciales y numerosas vías de comunicación, marítimas, terrestres o fluviales.

No puede negarse que, en esa historia común, los vikingos y sus descendientes tuvieron gran influencia: en las Islas Británicas, gobernaron en diferentes zonas hasta la conquista normanda, invasores descendientes de vikingos, y dejaron una huella, honda y perdurable. En Francia, el rey, descendiente del mismísimo Carlomagno, tuvo que cederles tierras, en las que acabarían por formar el ducado de Normandía. En Italia fundaron el reino normando de Sicilia; influyeron con sus incursiones en el Califato de Córdoba y en el Imperio bizantino y, a través de los ríos del norte, también intervinieron repetidas veces en el mar Báltico y en la actual Rusia, cuyos primeros estados aparecen vinculados a comerciantes y aventureros procedentes de Escandinavia.

Cuando uno empieza a interesarse por los vikingos y su cultura, sin duda, lo primero que piensa es en crueles guerreros de larga barba, sedientos de sangre, cerveza e hidromiel, armados con enormes hachas y con pintorescos cascos rematados con cuernos. Claro, que si partimos de que el término *drakar* lo inventó el año 1843, en plena marea romántica, el francés Auguste Jal, o que los cascos vikingos jamás llevaron cuernos, puede sorprendernos lo poco que sabemos de una civilización que durante más de dos siglos se extendió por Europa y buena parte de Asia. Desgraciadamente la imaginaria popular de todo el mundo está plagada de estereotipos ridículos, y este caso no es ninguna excepción.

La verdad es que las características culturales, religiosas y militares de los vikingos se han visto rodeada de tremendas inexactitudes debido principalmente al furor nacionalista germano y escandinavo de los siglos XIX y XX, una vez más, aunque parezca que nos repetimos, por las licencias históricas que se toma sin ninguna vergüenza la industria del espectáculo. En este caso, tanto el cine como el teatro o la música. Aunque es cierto que en esta ocasión muchos de esos errores también tienen su origen en malas traducciones o interpretaciones de las sagas —los poemas épicos islandeses, que se ha dado en considerar relatos de hechos auténticos pese a que no lo fueran—, o en relatos exagerados y no contemporáneos a los años que nos ocupan, de pueblos víctimas de sus incursiones.

Realmente, si se piensa con objetividad, sus actividades no eran tan sorprendentes. Respondían al esquema clásico de otros pueblos invasores: campañas de saqueo más o menos brutales que nacían en bases lejanas o en campos fortificados establecidos en países invadidos y retirada cada invierno a disfrutar del botín logrado, sobre todo, en los monasterios o iglesias, lugares ricos y poco defendidos. No había en inicio ningún interés por la dominación política, solo afán de riqueza fácil. Ni siquiera puede decirse que abrieran nuevas rutas en sus incursiones en busca de botín, o que las escogieran al azar. Eran los caminos de las antiguas invasiones y los senderos comerciales más activos.

¿Qué ocurrió entonces? Que, con su llegada, de repente, tras años de silencio, las trompetas del Apocalipsis volvieron a dejarse oír. Las tañeron los viejos cronistas, atemorizados por la aparición de nuevos bárbaros ante las costas de Inglaterra, Irlanda, Flandes, Francia o España, que amenazaban una vez más con terminar con la cultura que conocían.

Su lógica exaltación no impide comprender el inmenso pánico que sintieron. Los invasores, de las recónditas tierras

escandinavas, que parecían seguir el camino de sus predecesores, conscientes a su vez del miedo que producían, se esforzaron en crear el adecuado clima de terror: asesinatos masivos, atroces castigos y orgullosa exhibición de sus feroces costumbres. Todo contribuyó a ambientar sus incursiones. En esas condiciones, los espíritus más fuertes sucumbían sin saber a veces el verdadero número de sus atacantes ni el alcance real de su penetración. Tampoco es que fuera algo importante. Con la vida en juego, ni las estadísticas ni los matices que podamos poner hoy sobre el papel servían para resolver nada. El miedo es libre y, no cabe duda que los europeos del siglo IX llegaron a experimentarlo de manera impensable.

Porque esa es otra cosa que no acabamos de entender. La Europa de los albores del siglo IX no era, ni por asomo, igual a la que conocemos. Acostumbrados a deambular de un lugar a otro en nuestros vehículos con calefacción y aire acondicionado, pensamos al llegar al destino —la torre en ruinas o la abadía excavada en la roca—, cómo vivían nuestros antepasados, pero nos engañamos. Ni nos acercamos lo más mínimo a la realidad. Ni siquiera, aunque recorramos sin comodidades un camino medieval a pie, o acampemos durante una semana al raso, bajo las estrellas. Antes o después, nuestro cerebro sabe que regresará a la cómoda forma de vida que conoce. En el siglo IX no existía esa posibilidad.

Es frecuente de todas formas referirse a todos los pueblos escandinavos de esa época bajo el término genérico «vikingo». La realidad es que la raíz etimológica de esta palabra, aunque no muy clara, hace referencia a los «guerreros del mar» o los «venidos del mar» —*vikingr* en antiguo nórdico— y, el sustantivo femenino *viking*, significa literalmente «expedición marítima». Así pues, al hablar de vikingos deberíamos referirnos únicamente a la parte de población que se embarcaba en empresas de saqueo, piratería,